

XXIII.

Puede suponerse, despues del retrato que hemos procurado hacer del carácter del prometido esposo de María, que éste no sintió absolutamente nada al saber la huída de Julia; puede decirse que casi se alegró de ella, y apresuró todo lo que pudo su marcha á París, para poder verla y hablarla con toda libertad.

— Julia entró en su casa, mucho más contenta y animada de lo que la habia dejado. Páula, su doncella, se sorprendió al verla: las facciones de la señorita Bepinasse tenían una radiosa expresion: ¡jama-ba! es decir, ¡vívía! Aquel amor llenaba su alma de luz y de armonías, y la hacia sentir algo que jamás habia experimentado, y que era como una doble existencia.

No bien llegó, su primer cuidado fué escribir á Ernesto, excusándose de haberse marchado sin despedirse de él.

La respuesta fué el mismo Ernesto, que la sor-

prendió una mañana, cuando tenia en su salon un reducido círculo de amigos, de su mayor intimidad.

Julia sintió, al ver á aquel hombre, todas las alegrías celestiales, que puede sentir el que llega á un fin anhelado largo tiempo, sin esperanza alg una de lograrlo.

Cuantos se hallaban con ella conocieron en su semblante lo que pasaba en su corazon.

Algunos hombres eminentes, que habian ido á verla, se miraron con expresion de lástima.

Conocian demasiado á Ernesto Guibert.

Cuando todos se fueron, Ernesto se quedó sólo con Julia, y la convicción de las relaciones de los dos quedó para siempre establecida.

—¿Habeis dejado á vuestra prometida? le preguntó la señorita Lespinasse.

—¡Todo lo he dejado por vos! contestó él con entusiasmo: ¿os ofende esto?

La débil Julia le tendió la mano.

—Yo os amo, continuó Ernesto; yo os amo como á nadie he querido: ¿pero vos me amareis?

—Sí, respondió Julia, demasiado cierto es que mi corazon os pertenece; pero vais á casaros y yo debia ser fuerte y defenderme de mí misma.

—¿Por qué? no me casaré.

—¡Arrebatad á María su esposo! ¡Eso seria vergonzoso y criminal!

—¿Y qué hacer? ¿No me amais? ¿No os amo?

—Dejadme pensar hasta dentro de dos dias, dijo Julia; necesito meditar lo que he de hacer; yo anhe-  
lo, ante todo, vuestra estimacion, y, obrando mal, no podria obtenerla.

—¿Qué es lo que no excusa el amor? exclamó Ernesto: ¡tened piedad de mí! ¡Renuncio de buena gana á la mano de María; me consagraré á vos por completo; pensad en lo que os amo, y tendreis lástima de mí!

—¿Habeis olvidado la edad que tengo? preguntó Julia.

—¡Sí!

—¡Cuento diez años más que vos!

—¡Qué importa! el corazon no tiene edad!

—Dentro de poco, seré vieja, y vos sereis aún joven, Ernesto.

—Nada temais, y dejadme el cuidado del porvenir á mí sólo.

—Me alucinais; pero no alcanzais á convencerme, dijo tristemente Julia; sin embargo, yo no sé resistir á esta pasion, la primera, la única de mi vida, y me dejaré arrebatad por ella.

Ernesto la besó la mano, y durante algun tiempo permaneció con ella todavía, hablándole de una manera, que no pasaba de ser vulgar, pero que Julia, ciega de una manera absoluta con su amor, creía llena de elevacion.

—No volvais hasta dentro de tres dias, le dijo al

despedirse de ella; necesito calma para reflexionar y para estar sola conmigo misma.

—El amor que reflexiona, ¿es amor? preguntó apasionadamente Ernesto.

—¡Sí! es amor, y verdadero, repuso Julia; no lo dudeis, esperad y volved.

Aquella misma noche, Mr. de Guibert cenaba con algunos amigos en casa de una de las más célebres cortesanías; cada uno contaba la historia de sus más recientes amores. Ernesto exclamó después de haber apurado una copa de espumoso Rhin, dando con ella sobre la mesa:

—Todas esas aventuras no valen nada comparadas con la que me ocupa ahora.

—Os ocupará lo de siempre, observó el marqués de Mora, que era uno de los comensales, ¡vuestra boda!

—¡Os equivocáis!

—¿No vais á casaros?

—He aplazado mi casamiento; amo apasionadamente á otra mujer... ó me ama ella á mí, lo que viene á ser casi igual.

—¿Es una mujer á la moda? preguntaron las convidadas.

—Lo ha sido, y mucho.

—¿Por su belleza?

—Aún más por su talento.

El marqués de Mora se estremeció.

—¡Su nombre! gritó una de las damas.

—¡Callad! exclamó el Marqués; ¡no sé qué sentimiento me dice que ese nombre no puede ser pronunciado aquí!

—¿Por qué? exclamó Ernesto, que se hallaba casi borracho; ¡vos lo sabeis tambien!

—¡No me equivocaba! exclamó el Marqués.

—Probablemente no; es la señorita de Les...

Un tremendo bofetón cortó la palabra al libertino, que sacó la espada, y se arrojó sobre el marqués de Mora, con tal rapidez, que, ántes de que éste pudiese parar el golpe, le habia atravesado el pecho.

Al amanecer, y para huir del castigo que le amenazaba, Ernesto Guibert salió para los estados de Holanda, dejando para Julia una carta, en la que decia que habia dado una estocada al marqués de Mora, para castigarle de haber hablado mal de ella, y le ordenaba que fuera á reunirse con él.

No bien habia leído este billete, Julia recibió otro que abrió en seguida y que decia así:

«Venid... ¡me muero, y quiero daros el último adios!

EL MARQUÉS DE MORA.»

Julia vaciló; áquel hombre la habia infamado pú-

blicamente, segun le decia Ernesto en su carta; pero se moria; su corazon generoso se sobrepuso á su resentimiento; se envolvió en un velo negro, y fué á la casa donde se hõspedaba el Marqués.

## XXIV.

Las cuatro de la tarde serian, cuando Julia llegó á la casa que habitaba el jóven español.

Corria Diciembre, y ya las tintas vagas del fin del dia envolvian á París, sumergido en una espesa niebla.

Julia, acompañada de su doncella, llegó al fin de su viaje, y subió la escalera trémula y turbada; Páula rogó á un criado que las condujese al aposento del señor Marqués.

—El médico ha ordenado que no le vea nadie, respondió el lacayo algo confuso; y como además ha venido el padre del señor Marqués...

—¿Ha venido su padre? repitió Julia con voz temblorosa.

—Sí, señora.

Julia permaneció un rato pensativa; despues, como cediendo á una decision súbita, dió dos pasos hácia la puerta, y dijo á Páula:

—¡Vamos!

—¡Cómo! ¡Sin verle! exclamó la camarera; ya que hemos venido, irnos así...

—El señor Marqués puede reconvenirme por no haber permitido la entrada á la señora, dijo el lacayo, y su padre tambien; acaso tienen en grande estima su visita; por lo mismo, si la señora me lo permite, iré á avisar su llegada.

—¡Id! dijo Julia bruscamente, y dejándose caer en un asiento.

El criado volvió muy pronto; detrás de él apareció la austera figura de un caballero anciano, cuya cabeza estaba completamente blanca con el hielo de los años.

—Quien quiera que seais, señora, dijo á Julia inclinándose con respeto, en vuestra cualidad de dama, venís á honrar la casa de mi hijo; ahora pasad á esta cámara contigua, y me direis, si os place, cuál es el objeto de vuestra visita.

—Sólo deseo ver al Marqués, dijo Julia alzando el velo que llevaba caído delante del rostro.

—No es ya jóven, ni apenas es bella, pensó el anciano; no debe ser esa fatal mujer que le ha dominado durante tanto tiempo; y, alzando la voz, añadió:

—El doctor ha ordenado que se le rodee de silencio y de quietud; no obstante, agradezco tanto vuestro cuidado por mi hijo, que yo mismo voy á conducirlos á su lado.

Y con un ademan lleno de nobleza y de cortesía,

invitó á Julia para que le siguiese al aposento en que se hallaba el Marqués.

La alcoba del enfermo se hallaba casi en completa oscuridad; sólo una lamparilla derramaba sobre la chimenea una débil luz; en el fondo, y en un lecho esculpido y cubierto de encajes y de terciopelo, descansaba el Marqués, adormecido por la fiebre.

—No le habéis, dijo el anciano; se halla ahora en lo más fuerte del acceso, y aunque presumo que vuestra vista sólo puede producirle una impresion consoladora, tal vez aún de este género pudiera serle funesta.

En aquel instante el Marqués dejó escapar un débil suspiro, y volviéndose del lado opuesto al en que permanecía, llamó con voz oscura y fatigada:

—¿Padre mio?

—Aquí estoy, respondió el anciano

—¿Ha enviado á preguntar por mí?

—¿Quién?

—¡Ella... Julia...!

—No, hijo mio, ¡olvida á esa mujer!

—¡No puedo! respondió el Marqués agitándose con una angustia creciente; ¡el que la ha conocido, el que la ha amado, el que ha participado de su vida, como yo, no la puede olvidar!

—¡Ella te olvida, pobre hijo mio!

—¡Pero yo no! ¿Quién sabe lo que le habrán dicho? ¿Quién sabe si ese hombre le habrá contado

que yo fui el que la infamó, y que él me ha herido en su defensa? ¡Si ella supiera la verdad... hubiera venido... si, hubiera venido!

—¡Aquí estoy! dijo la dulce voz de Julia, que sonó como empapada en lágrimas.

Y, arrodillándose al lado del lecho, tomó la mano del Marqués y la besó, inundándola de llanto.

—¡Ya sabía yo que vendrias! gritó el Marqués con un acento que salía de su alma.

—¡Fra ella! murmuró el padre alzando al cielo sus ojos y sus manos.

—¿Qué te han contado? continuó el herido apoyando su mano en la cabeza de Julia; ¿qué te han dicho? ¿Me han pintado á tus ojos como culpable? ¡Habla! ¡Pero no! Yo te lo contaré: ¡escucha; ese hombre estaba en una orgía donde tambien me hallaba yo para olvidarte... porque no te apartas jamás de mi memoria; él se embriagó... dijo que tenia amores contigo, y yo le di un bofeton... él sacó entonces la espada y se arrojó furioso sobre mí... ¿te ha contado así el hecho? ¡Dilo! ¡Dimelo!

Julia meció la cabeza tristemente.

—¡Lo sabía! exclamó el herido: ¿Y tú á quien crees? ¿A él, ó á mí?

—¡A vos! respondió Julia con acento de profunda conviccion.

—¿Y volverás á amarme?

Julia guardó silencio; despues de una pausa, du-

rante la cual el Marqués la observaba con ansiedad, respondió:

—Curaos ahora; pensad sólo en vivir; ¡mi gratitud hácia vos será eterna! ¡Y ahora, adios! Volveré á veros, y no digo que á cuidaros, porque, teniendo aquí á vuestro padre, no me necesitais.

La señorita Lespinasse salió de la estancia, despues de haberse despedido del anciano con un noble ademan de cabeza.

—¿Es esa la mujer á quien tanto amas? preguntó el padre del Marqués con asombro.

—¡Sí, padre mio!

—¿No habias dejado de amarla?

—¡Ojalá! Pero lo que me alejó de ella durante algun tiempo, fué el cansancio del amor satisfecho; cuando la perdí, comprendí que su amor era el alimento de mi alma!

—¿Qué te seduce en ella? ya no posee ni juventud, ni belleza; su reputacion está perdida.

—Todo eso es verdad; y sin embargo, ¡no puedo olvidar á esa mujer! ¡Posee un encanto fatal, al que cedo sin poderlo evitar! ¡Mi alma está sedienta de ella! ¡La pasion no merece ese nombre, sino cuando es ciega!

—¡Duerme, pobre hijo mio! ¡Descansa, murmuró dulcemente el anciano; de ese fatal amor, ella misma te ha de curar! ¡No te ama, ni te ha amado jamás!

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó el Marqués.

—¡Su mirada! ¡La expresion de su rostro! Yo no me engaño, no; esa mujer no te ama, y yo la compadezco; porque, si te amase, como mereces, sólo por verte dichoso, hubiera yo consentido hasta en tu casamiento con ella.

—Yo se lo ofrecí, y lo rehusó.

—¡Qué! ¿Tú le ofreciste hacerla tu esposa?

—¡Sí, padre mio! ¡Sin vuestro consentimiento! Perdonadme.

—¿Y ella?...

—Rehusó.

—¿Acaso merece ser amada esa mujer? pensó el anciano; acaso la pasion de mi hijo por ella no es tan loca ni tan ciega como á primera vista parece; es menester el más exquisito cuidado y que así que mi hijo pueda soportar la fatiga del viaje, me le lleve á España para que olvide á esa fatal mujer, que tan poco vale á primera vista, y cuyo poder es tan formidable.

Julia iba todos los dias á informarse por sí misma del estado del Marqués; las primeras veces el padre de éste la recibió con cierta frialdad altanera; pero bien pronto se apercibió de que aquella mujer no iba en busca del amor de su hijo, y de que ninguna mira ambiciosa la conducia cerca de su lecho, siendo guiada más bien por un sentimiento de amistad.

El Marqués convalecia de su herida; pero á la vez la afeccion al pecho, que padecia, se exacerbaba más

y más; la tos era mas frecuente; sus ojos adquirian aquella brillantez funesta, presagio de una catástrofe cercana, y en su rostro se veia esa diafanidad, esa limpidez de tintas, signo seguro de una enfermedad que no perdona.

Un dia tomó la mano de su anciano padre, y le dijo con acento suplicante y tierno:

—Yo quisiera pedir os un favor, más caro para mí que la vida.

—¡Habla! repuso el anciano estrechando aquella mano enflaquecida.

—Pues bien, padre mio, sed ahora mi amigo como lo habeis sido siempre, y procurad leer en el corazon de Julia.

—¿Qué quieres saber?

—¡Si me ama aún algo, ó si podrá volver á amarme!

El anciano sacudió tristemente la cabeza.

—¿Quién sabe? repuso el pobre jóven; ¡el corazon de la mujer es un abismo! Ella viene á verme todos los dias... yo leo en sus ojos la ternura...

—¡De la amistad, hijo mio!

—Os repito lo mismo; ¿Quién sabe? preguntadle si puedo tener esperanzas, decídmelo; si no, sin decirme nada, disponed nuestro viaje á Madrid; esa será la señal de que Julia no me ama: Padre mio, yo tengo tal fé en vos, que confio hareis cuanto os sea posible para mi felicidad.

—¡Qué extraña pasión! exclamó el pobre padre mirando á su hijo; ¿por qué te separaste de esa mujer cuando ella te concedió su intimidad?

—No lo sé, entonces me sentía fatigado, y era acaso por el peso de mi felicidad; busqué algo que me distrajese, y ella, ofendida huyó de mí, pero al perderla, comprendí lo que perdía, y el amor volvió á dominar por completo mi corazón. ¡Oh, el que una vez ha amado á Julia, no la puede olvidar jamás! Ella alimenta el espíritu de una manera tan completa, que éste permanece encadenado á ella con lazos indestructibles; es el amor del alma lo que dá, y conforme se ocupaba ella de mi desarrollo intelectual, mi corazón se lanzaba hácia el suyo lleno de entusiasmo; ¡Qué son los amores de los sentidos, los que más fácilmente se hallan, comparados con ese dulce lazo del alma! Aquella perfecta unidad de mi pensamiento con el suyo; aquella comunidad de impresiones; aquel vibrar de mi alma al compás de la suya como dos cuerdas montadas al unísono; aquel himno dulce de gratitud que mi inteligencia eleva á la suya, ¿á qué compararlo ya? ¡Vivir al lado de Julia, es vivir dos voces! ¡Su alma, entusiasta y generosa, se comunica á cuanto toca, y todo toma bajo sus ojos tintas bellas é incomparable colorido! ¡Oh, padre mio! Mi pensamiento vaga gimiendo en torno de Julia, como pajarillo que ha perdido el nido de flores donde reposaba, y que deshizo la borrasca.

—¡Desgraciado! exclamó el anciano enjugando el sudor copioso que bañaba la frente de su hijo, ese desarrollo fatal y excesivo de tus facultades intelectuales y de tu corazón, es lo que ha desarrollado á la vez en tí una enfermedad incurable y mortal.

—¿Qué importa? exclamó el joven alzando al cielo una mirada ardiente: ¿Qué importa? Yo puedo decir hoy:—¡He vivido!—Julia me ha mecido, durante el tiempo que he poseído su amor, en una atmósfera de delicias, que tenían su asiento en las más nobles facultades del alma; ¡esos son los recuerdos, que no se olvidan ni se apagan jamás! Sepa yo de una vez, padre mio, si ella puede amarme todavía para esperar ó...

—¡Acaba! dijo el padre con angustia.

—¡O morir!

—¿Tan poco valgo yo para tí? exclamó el anciano, de cuyos ojos cayeron dos lágrimas; ¿no vivirás para acompañar mis últimos años?

—¡Bien lo quisiera! exclamó el joven, echando los brazos al cuello de su padre; ¡bien lo quisiera, padre mio, y trataré de hacerlo! Sí, yo quiero vivir por vos y para vos; yo quisiera, yo anhele olvidar á esa mujer... ¡pero no puedo!